

La educación en debate #70

Suplemento

mayo
2019

 Universidad
Pedagógica
Nacional

¿Qué se espera de la universidad?

por Adrián Cannellotto, Sebastián Abad y Esteban Amador*

Tanto en los medios de comunicación como en la sociedad civil y el mundo político se ha instalado una discusión sobre el sentido de la universidad argentina actual. El debate tiene mucho que ver con el financiamiento (con la justificación de la asignación de dinero), pero también con la vieja cuestión del valor (importancia intrínseca) o la utilidad (beneficio social) del conocimiento y sobre la sede institucional (universidad, institutos de investigación, empresas) donde tal conocimiento se produce. La universidad sigue siendo visualizada como *el lugar* de la producción del conocimiento, pero no solamente como eso.

Señalemos, a modo de ejemplo, algunos interrogantes que articulan esa discusión, que lejos está de tener una forma precisa y ordenada: ¿debe ser gratuita o arancelada la educación universitaria? ¿Es “gratuito” sinónimo de “público”? ¿Tiene que ser masiva u ocuparse de la formación de élites? ¿Debe estar la formación universitaria necesariamente moldeada por el mercado laboral? ¿Expresa la universidad a la Nación y su despliegue o es sólo un espacio para las clases acomodadas? Si la universidad es expresión de la Nación, ¿debe organizarse de manera homogénea en todo el territorio y según lineamientos generales o bien regirse por la autonomía universitaria? ¿Es la universidad o la escuela secundaria la instancia que lidia con el problema de la formación?

En la discusión pública, y en ocasiones la especializada, la respuesta a estas preguntas se construye a partir de la postulación de un criterio de utilidad (económica, social, política) con el que luego se mide lo que la universidad aporta o produce. La pregunta *¿qué es la*

universidad y cómo se inscribe en un proyecto de país? se transforma en *¿qué clase de problemas (económicos, sociales, políticos) puede resolver la universidad hoy?* Antes de recorrer un conjunto de respuestas típicas a la segunda pregunta, hagamos una aclaración: la primera pregunta es muy distinta de la segunda y, por ello, pretender responder a la primera a través de la segunda genera una comedia de enredos. En ella priman, en general, los *posicionamientos* y sus resonancias ideológicas, y muchas veces quedan relegados los *argumentos* sobre el sentido y la misión de la universidad.

Reconstruyamos entonces diversas formas socialmente disponibles de responder a la pregunta por la utilidad del conocimiento o de la universidad, que podríamos formular de la siguiente manera: *¿qué hace la universidad hoy y qué relación tiene tal actividad con lo que la sociedad espera de ella?*

Imaginario

Un primer posicionamiento, que podríamos denominar “profesionalista”, sostiene (en términos generales) que el núcleo de la universidad es la *formación profesional*. En efecto, es indudable que en la universidad se forman profesionales para el mundo del trabajo, sea para el ámbito privado (por ejemplo, ingeniería) o bien estatal (docencia en el sistema obligatorio). Incluso la estructura curricular de dicha formación profesional proviene, en ocasiones, de lineamientos derivados de los puestos de trabajo que efectivamente existen en el mercado. Y en esto consiste la virtud de la universidad: adaptarse a la dinámica de los cambios sociales.

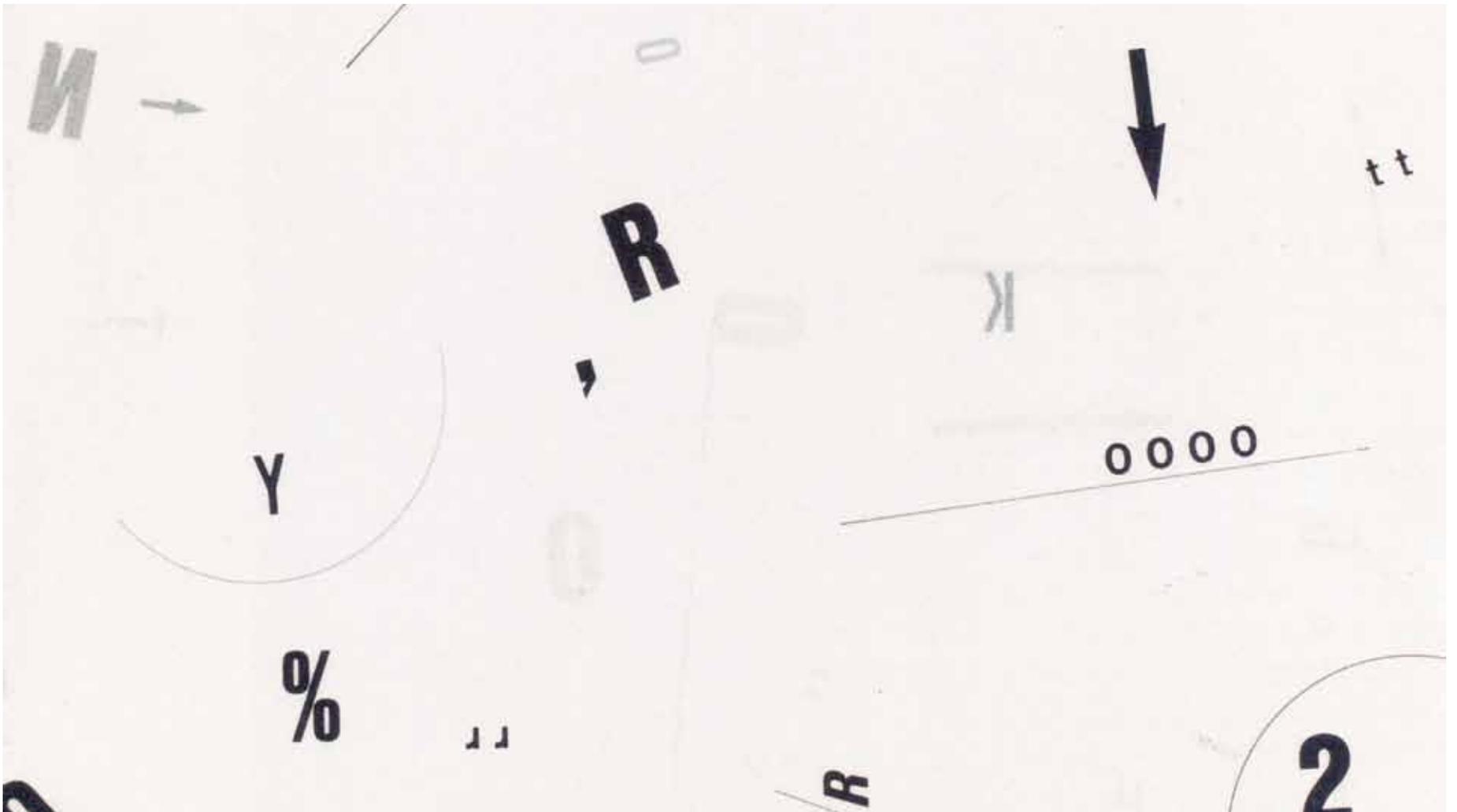
A la luz de esta posición, el asunto que adquiere centralidad es la acreditación,

entendida como el reconocimiento oficial de competencias habilitantes en el mercado de trabajo. El gran desafío que se plantea a las instituciones formadoras es lograr que los egresados sean buenos profesionales de acuerdo a una lógica de la calidad. En este desafío, y en las condiciones de nuestra época, la calidad se define ante todo como actualización profesional. Este posicionamiento arraiga en una vertiente muy profunda de nuestro sentido común, que cifra el ascenso social en el esfuerzo individual y familiar, y lo asocia íntimamente al mérito. Si bien es habitual asociar tal figura con el que “baja de los barcos”, ésta no se refiere sólo a los inmigrantes, sino a todo tipo de migrantes, que en su desarraigo intentan sobrevivir. Cuando este sentido común se piensa bajo el paraguas de la idea de ciudadanía, afirma que el gran aporte de la universidad es la formación de profesionales serios e íntegros que trabajan en y por su país.

Alguien podría decir, con razón, que en la universidad no ocurre solamente la formación profesional, debido a una proactividad institucional que la y se proyecta a la cultura en general. He aquí un segundo posicionamiento, que podríamos denominar “distribucionista”. A decir verdad, la tarea de la universidad no puede reducirse a la transmisión “elitista” del conocimiento para quienes pueden acceder a él gracias a que ostentan un capital cultural previo. En este sentido, la idea de “mérito” olvida la desigualdad constitutiva del punto de partida de los individuos. Superar ese olvido supone compensar, en la medida de lo posible, la desigualdad originaria del mercado y, entre otras cosas, lograr que los bienes culturales lleguen a zonas y poblaciones relegadas. Es así que

la universidad debe constituirse en un centro de irradiación cultural en general. Con este posicionamiento, ganan relevancia iniciativas como los museos y teatros universitarios, la presencia de la universidad en cárceles y en procesos de extirpación de adictos, etc. Para decirlo en términos generales, pasan a primer plano los procesos de extensión, transferencia y divulgación. Al pensar el sentido social de la universidad, este posicionamiento se afianza en la idea de reparación de injusticias, también sociales, a través de la distribución de bienes culturales. ¿Qué significa *distribuir bienes culturales*? Ante todo, ampliar las posibilidades de acceso, inscribir nuevos sujetos en el consumo cultural y bregar por el reconocimiento de las diversas producciones de la cultura popular.

Pero hay quienes dicen que el aporte más significativo o específico de la universidad no consiste en la formación de profesionales o en la democratización de la cultura, sino en la creación de intangibles o bienes simbólicos de naturaleza científica que aportan decisivamente al desarrollo nacional. Así, por ejemplo, la universidad es crucial para producir la mediación tecnológica de la ciencia básica o lo que se llama “aplicaciones”. En este caso, el indicador clave de la actividad universitaria es la obtención de patentes y otras formas de la innovación tecnológica. Según este tercer posicionamiento, la universidad trabaja para el desarrollo del país en clave de agregación de valor, contribuyendo así a la desprimarización del sistema productivo, tanto en el ámbito industrial como en el área de servicios. Sin embargo, esta idea desarrollista de la universidad, que piensa la profunda imbricación entre el saber, la actividad productiva y el bienestar de la población, es inconcebible sin la condición previa que hace posible el proceso de desarrollo: la investigación básica y su transmisión. Se considera habitualmente que la legitimación de la investigación básica –en las ciencias “duras”, por ejemplo– reside en sus efectos. La justificación es en este caso por las obras y no por la fe: de la investigación química proceden vacunas; de la física, materiales resistentes; de la investigación matemática resultan algoritmos novedosos para la programación o el *big data*. Los ejemplos abundan, pero redundan. Siempre se trata de un resultado que justifica una inversión. En cambio, cuando no somos capaces de ver estos resultados, acaso por precipitación, no hablamos ya de →



Mira Schendel, sin título, 1970 (fragmento, gentileza Christie's)

→ “inversión”, sino de “gasto”. Mas como todos sabemos, en momentos difíciles se recortan los gastos. Ahora bien, lo que parece una diferencia de naturaleza entre gasto e inversión puede aparecer bajo otra luz si la consideramos en el largo plazo, en el marco de una política y desde un punto de vista estratégico.

Hasta ahora señalamos un conjunto de representaciones ampliamente compartidas sobre la universidad. Todas ellas se basan en un concepto más o menos inmediato de la utilidad o, para ser más precisos, *servicio público* que presta la universidad. ¿Quién no las compartiría? Sin embargo, la pregunta reside más bien en *qué es y qué hace una universidad*. De la insuficiencia de las tres representaciones mencionadas para dar cuenta de esta pregunta aparece, en ocasiones como respuesta salvadora, una representación adicional que supuestamente se opone a las tres anteriores. Esta cuarta representación asegura que la misión de la universidad nada tiene que ver con la “burocracia” ni con la “utilidad”. Desde su posición autonomista, y sin advertir que su financiamiento no es algo que la universidad misma produzca, esta representación supone hiperbólicamente que la tarea académica sólo es significativa cuando se aísla de su mundo circundante y cuando pretende abstraerse de toda noción de servicio y utilidad.

I+D=U

Sin embargo, lo que cada una de las representaciones, tomadas aisladamente, piensa por separado no está en verdad separado. En efecto, gran parte del debate sobre la universidad y sus distintos aspectos (financiamiento, organización institucional, acceso, modelos formativos, investigación) parece un diálogo de sordos donde cada cual, llevando agua a su molino, recorta el problema y transforma a una parte integrante en

un fragmento inconexo. Pero lo que se separa sin criterio sólo puede unirse al modo de Frankenstein. ¿Cuál sería entonces el punto de articulación de las cuatro representaciones? Nuestra hipótesis es la siguiente. Lo que se presenta bajo la oposición útil *versus* inútil, aplicado *versus* puro, o bien “compromiso social” *versus* “torre de marfil” se deja pensar de modo articulado e integrado 1) alumbrado por el sentido institucional de la universidad y 2) sin reducir la temporalidad institucional al corto plazo. En efecto, si reordenamos las imágenes, que se presentan de modo unilateral y oposicional, resulta que el sentido de la universidad, pensado como investigación/transmisión, es el eje ordenador de largo plazo (que no siempre se deja ver en el corto plazo) de las primeras tres representaciones. Resta entonces ilustrar brevemente cómo el eje investigación/transmisión organiza coherentemente y subordina las tres funciones que las respectivas representaciones expresan: la formación profesional, la distribución de bienes culturales, y la producción y desarrollo tecnológicos.

En efecto, la investigación resulta ser una condición de posibilidad de las tres funciones (de la formación profesional y sus currículas, de los bienes distribuidos con compromiso social y de la generación de los conocimientos que resultan aplicados) y constituye, a la vez, la especificidad institucional. Consideremos algunos ejemplos. Si necesitaríamos preparar un programa para la Facultad de Medicina o de Derecho, ¿a quién recurriríamos para confeccionarlo? A quienes hacen de su profesión la investigación o acumulación de conocimiento validado. Lo mismo sucede con los bienes culturales: se los demandamos a la universidad y no al mercado porque no buscamos, en este caso, entretenimiento sin más, sino el contacto con una tradición reflexiva. Por último, consideremos

un ejemplo trillado bajo la forma de una pregunta: ¿a quién recurriríamos para producir una vacuna o un fertilizante? Llegados a este punto, el lector nos podría objetar lo siguiente: en la medida en que hasta aquí hemos hablado eminentemente de *investigación*, ¿qué papel tiene la transmisión en el mundo universitario? ¿No podríamos llegar a los resultados deseados separando, en dos instituciones diferenciadas, la investigación y la transmisión? Pero justo esta pregunta nos remite a uno de los núcleos, acaso el más importante, de la universidad moderna. En efecto, hay instituciones que investigan sin proponerse como su finalidad central la transmisión (academias, Conicet) y otras que transmiten sin que sea indispensable institucionalmente la investigación (escuela, institutos de formación docente), pero la universidad constituye un formato intermedio, según el cual la transmisión es la condición para que se desarrolle la comunidad de investigadores (universitarios).

La universidad puede satisfacer las demandas del sentido común (utilidad profesionalista, cultural y tecnológica), pero con la salvedad de que necesita resguardar su especificidad institucional y los tiempos propios de la investigación y la formación. ¿No es esto acaso la autonomía? Lo que aparece como portador de utilidad indiscutible frente a la supuesta inutilidad de lo “puro” es en verdad la flor de un proceso institucional de acumulación *comunitaria* sin el cual dicha flor sería imposible. Y viceversa: del hecho de que los procesos de investigación/transmisión carezcan de una conexión inmediata con la utilidad y/o la coyuntura, no hay que inferir que esos procesos no estén al servicio de un proyecto de país. La actual ansiedad que pide a la universidad que, en lugar de formar, capacite para un puesto de trabajo es a todas luces paradójica. En primer lugar, por-

que pide peras al olmo o, mejor dicho, le pide velocidad al fondista. En segundo lugar, en su supuesto vanguardismo, atrasa: si la aceleración de los procesos productivos y, por ende, formativos, es exponencial, ¿no sería más sensato pensar en una formación generalista en vez de pensar en las competencias específicas de un puesto de trabajo que podría desaparecer de un día para otro? Para aclarar el tema, pensemos en un ejemplo proveniente del ámbito en el cual resulta más difícil escapar a la idea de la torre de marfil, pero también a la ansiedad de los resultados: las Humanidades. Imaginemos cómo habría reaccionado –digamos, hace cincuenta años– el sentido común ante la idea de destinar fondos públicos al estudio de la lengua (clásica y moderna) y la cultura de países lejanos como China o India. Hoy, con el diario del lunes, ¿podría alguien dudar de que nuestro país necesita una hipótesis sobre estas potencias globales (entre otras) para posicionarse de forma “autónoma” en el concierto de las naciones? Al mismo tiempo, ¿cabe alguna duda de que un investigador de las Humanidades –no importa lo aislado que se halle por las exigencias de su profesión– trabaja para la soberanía nacional?

En resumen, cuando se trata de la universidad, lo inmediato tiene su verdad y sustentabilidad en lo mediano, del mismo modo que el corto plazo en el largo plazo y la comunidad científica de investigadores en la transmisión. Este sistema de apoyos trabaja sobre un punto fijo, una suerte de demora, que podemos formular políticamente como renuncia estratégica a la efectividad inmediata. Es decir, una paciencia confidente en el futuro de la comunidad política. ■

*Rector, Director del Departamento de Humanidades y Artes y docente de la UNIPE, respectivamente.

**PABLO DOMENICHINI,
SECRETARIO DE POLÍTICAS
UNIVERSITARIAS**

“Nadie disputa hoy los sentidos”

por Diego Herrera*

“No veo que hoy haya sentidos en disputa en torno a la universidad”, sostiene el secretario de Políticas Universitarias Pablo Domenichini.

Antes de desempeñar su actual cargo, el funcionario fue secretario de Desarrollo Universitario y Voluntariado. Además, en sus tiempos de estudiante presidió la Federación Universitaria Argentina por la Franja Morada entre 2008 y 2010.

¿Cuál es hoy el sentido de la universidad?

Me parece que los pilares de nuestra universidad pública están claros: formar a los futuros profesionales, generar conocimiento a través de la investigación y de la innovación, y transferir conocimiento. Hoy son muy pocos los actores del sistema que ponen en discusión estos pilares. La universidad contribuye al desarrollo de las comunidades y de la sociedad toda. Es un bien público y social que aporta al desarrollo del país.

¿Cómo se logra un equilibrio adecuado entre las funciones de investigación, docencia y extensión?

En los últimos años, la extensión ganó visibilidad. La generación de conocimiento y el aporte al desarrollo de las regiones también pasan a ser fundamentales. Incluso, años atrás, la formación de nuestros jóvenes era más rígida y estaba más centrada en saberes teóricos. Hoy, en cambio, está mucho más dirigida a la adquisición de competencias. La formación teórica tiene que estar cada vez más acompañada de procesos de generación de conocimiento, de investigación, de prácticas profesionales supervisadas y con fines sociales. La adecuada conjunción de las tres funciones cada vez es más necesaria.

¿Predomina un perfil de universidad profesionalista en detrimento de uno dirigido a la formación de científicos?

La verdad que hoy las universidades argentinas tienen una gran fortaleza en materia de investigación en ciencia y tecnología. Más del 70% de las investigaciones que se generan en nuestro país se hacen dentro de las universidades. No veo una tensión entre esos dos perfiles.

¿Hay carreras que requieren ser fomentadas?

Sin lugar a duda. El sistema universitario debe hacerse eco de cuáles son las carreras que el país necesita para su desarrollo estratégico. Tenemos que hacer un esfuerzo para fomentar estas carreras y para que los jóvenes que están terminando el secundario las conozcan.

Esto, obviamente, no va en desmedro de la libertad individual de cada persona de elegir lo que quiere estudiar, pero sí está vinculado a incentivar la elección de carreras necesarias para el desarrollo del país (en particular las de base tecnológica y las vinculadas a las ciencias aplicadas). Estas carreras no suelen tener tanta prensa y están atadas a mitos que establecen que son imposibles de estudiar.

¿Qué medidas se tomaron para promover esas carreras?

Desde la Secretaría de Políticas Universitarias, realizamos un estudio de áreas de vacancia por regiones del cual derivan acciones para, por ejemplo, fomentar la cursada de esas carreras. Nos acercamos a los colegios secundarios, las difundimos y hay tutorías para acompañar a los jóvenes en las primeras materias. También el Ministerio decidió el financiamiento de la expansión del sistema en función de las carreras que presenten áreas de vacancia y que sean estratégicas para el desarrollo del país.

¿Cuál debe ser la relación entre el sistema universitario y el mercado laboral?

El sistema universitario tiene que dar respuestas más ágiles, pero no vincularía este hecho solo a las necesidades del mercado laboral. Tiene que ver más bien con las necesidades de formación que tienen los individuos ante los cambios estructurales en la sociedad. Hoy, la única certeza que tenemos es que los cambios son cada vez más dinámicos, más instantáneos, y la universidad tiene que poder reformular o revisar constantemente su función. Esto también incluye revisar los contenidos de las materias.

¿Cómo se expresa actualmente la relación entre universidad y proyecto de país?

Sin lugar a dudas, la universidad es la usina donde se genera conocimiento, se investiga, se genera innovación. Desde ese lugar, hay que profundizar el aporte que las universidades hacen a las regiones. La universidad debe ser parte del crecimiento de la sociedad. Creemos en una universidad inclusiva que debe estar articulada con el mundo productivo, con la investigación científica. Hay muchos ejemplos a lo largo y lo ancho del país en que las universidades son materia de innovación en cadenas productivas, en agregado de valor, en desarrollo de investigación e innovación. Me parece que eso hay que profundizarlo.

¿Hace falta una redefinición del sistema universitario para que se adecue a los nuevos tiempos?

Es necesario generar instancias de coordinación entre las instituciones y entre las unidades académicas de cada institución. Los jóvenes tienen que poder certificar competencias y saberes más allá de las instancias rígidas de titulaciones de grado. También se requiere que aparezcan otras titulaciones vinculadas a nuevas demandas y a las nuevas tecnologías. Se trata de un cambio de paradigma que los universitarios y las universidades deberíamos analizar. Uno de los pasos que hemos dado en este sentido es el programa de reconocimiento de trayectos formativos, firmado por más de 100 universidades públicas y privadas. Esto les permite a los jóvenes acreditar sus saberes y tener movilidad entre instituciones. ■

*Licenciado en Comunicación e integrante del equipo editorial de la UNIPE.

CONOCIMIENTO Y EQUIDAD

“Un binomio indisoluble”

por Catalina Nosiglia*

El desafío central que se le plantea a la universidad pública es construir una sociedad más justa basada en el conocimiento. Según la Unesco, una sociedad de conocimiento es la que se nutre de sus diversidades y capacidades; debe garantizar el aprovechamiento compartido del saber; así como la difusión de las nuevas tecnologías que crean un círculo virtuoso entre el progreso de los conocimientos y los valores y prácticas de la innovación, que pasan a tener relevancia.

El hecho sobresaliente de la sociedad contemporánea es que, cada vez más, basa su desarrollo en la capacidad de producir, difundir y transferir conocimientos, y siguen siendo las universidades las principales instituciones en donde se realiza esta tarea.

El conocimiento se constituye en el elemento esencial no sólo para promover el crecimiento económico por medio de la formación de los trabajadores sino para cerrar las brechas sociales colaborando con la solución de los problemas que plantea una sociedad estratificada. En síntesis, conocimiento y equidad son un binomio indisoluble como misión central de nuestras instituciones.

La equidad como principio de justicia supone en el campo de la educación superior la incorporación de nuevos sectores de población a los beneficios de este nivel. La ampliación en el acceso implica atender a alumnos cada vez más heterogéneos en edad, capital cultural previo, trayectorias diversas de su educación secundaria, dedicaciones parciales al estudio o iterativas. Por lo cual el desafío siguiente es cómo asegurar una educación masiva de calidad.

Una educación de calidad, desde nuestra perspectiva, hace referencia tanto a cuestiones cognoscitivas como a cuestiones éticas en los procesos de aprendizaje y los procesos de enseñanza.

Con respecto al conocimiento, es importante tanto el “saber qué” como el “saber cómo”, es necesario que los estudiantes adquieran competencias que les posibiliten ser mejores trabajadores pero también mejores ciudadanos. Y como el conocimiento se vuelve obsoleto rápidamente, el estudiante debe desarrollar competencias para seguir aprendiendo a lo largo de toda la vida.

Desde el punto de vista de la enseñanza, esta plantea una imperativa necesidad de atender a la capacitación permanente de los docentes, a la incorporación de nuevas tecnologías al servicio de la educación que permitan un aprendizaje en espacios y tiempos diversos, a modelos didácticos renovados que se adapten a grupos de alumnos cada vez más heterogéneos con necesidades y trayectorias previas diversas.

Los estudios superiores – tanto los universitarios como las instituciones de nivel superior no universitario – son un espacio de apertura per-

sonal, intelectual y ética al mundo del conocimiento. El estudiante no sólo se prepara como profesional, sino que adquiere responsabilidades como la de elegir por sí mismo y la de asociarse con otros en proyectos comunes.

La educación de calidad debe estar vinculada a la producción de nuevos conocimientos, y es aquí que la investigación tiene un papel estratégico en el desarrollo humano.

La producción de conocimientos contribuye a la formación de profesionales creativos y capaces de resolver problemas que plantean los cambiantes contextos económicos y sociales, pero requiere de aportes interdisciplinarios. El abordaje de temáticas como el medio ambiente y las nuevas marginaciones sociales, entre otras, plantean la necesidad de miradas desde los avances teóricos y conceptuales que se crean a partir del entrecruzamiento de varias disciplinas, borrando sus fronteras.

Desde lo científico, debe fomentarse la transdisciplina, derribar las fronteras burocráticas que aún separan las ciencias naturales de los estudios sociales, establecer canales abiertos e idóneos de interconexión entre las facultades y los departamentos. Ofrecerle al estudiante, más que una carrera, un entorno integrado y plural que estimule su imaginación y lo anime al estudio.

Nuestra región es todavía débil en la producción y transferencia de conocimientos; por ello, otro desafío que se les plantea a las universidades es la creación de redes institucionales colaborativas para potenciarse mutuamente mediante la asociación de programas e intercambio de docentes e investigadores y la formación compartida de estudiantes.

Finalmente, en un mundo globalizado la universidad como institución crítica de la sociedad debe propender al afianzamiento de una identidad cultural latinoamericana. Las universidades a través de sus saberes tienen una función cultural en la difusión de modos de interpretar y valorar el mundo natural y social. Por todas las razones expuestas la educación superior tiene que ser considerada un bien público y social y no una mercancía regida por las leyes de la oferta y demanda de la economía.

En consecuencia, el Estado debe asumir como responsabilidad principal e indelegable la promoción y financiamiento de la educación superior y, como contrapartida, las instituciones de este nivel de enseñanza deben asegurar una educación de calidad y que sea permeable a las necesidades sociales.

La universidad es uno de los ámbitos naturales de la experiencia democrática. Una experiencia abierta, siempre incompleta, que se actualiza en sus objetivos y que considera cada plano alcanzado en materia de justicia, inclusión y calidad ciudadana como una plataforma para alcanzar el siguiente. ■

*Secretaría de Asuntos Académicos de la UBA.

JUAN PABLO PAZ, INVESTIGADOR

Un proyecto mercantilista contra uno de desarrollo nacional

Para Juan Pablo Paz, doctor en Física y especialista en Computación Cuántica, “el sentido de la universidad es contribuir a un proyecto de desarrollo nacional, que necesita la formación de recursos humanos capacitados, con espíritu crítico y capacidad de análisis de los problemas de nuestra sociedad”. Paz es profesor del Departamento de Física de la Universidad de Buenos Aires e investigador del Conicet.

¿Existen proyectos universitarios contrapuestos?

Claramente. Hay una visión más orientada a los negocios, a pensar la universidad como un servicio y no como una función esencial del Estado. Es decir, creo que se enfrenta un proyecto más mercantilista con otro que piensa en una universidad democrática, laica, abierta al pueblo y al servicio de un proyecto de desarrollo nacional.

¿Se desarrollan con la misma intensidad las funciones de investigación, docencia y extensión?

Creo que la universidad tiene que proveer los mecanismos para que todos hagamos las tres cosas. En la universidad argentina hay una parte importante de docentes con dedicación *part time*, pero también hay casi 22.000 docentes con dedicación exclusiva. La universidad y el Estado en su conjunto tienen que destinar recursos para que esos docentes de dedicación exclusiva hagan investigación en serio y, además, hagan docencia. El núcleo de la universidad tiene que estar constituido por los docentes con dedicación exclusiva que hacen investigación, docencia y extensión en algunas de sus facetas.

¿Qué lugar tiene en la universidad la docencia como saber específico?

Debe haber presión para que aquellos que investigamos hagamos buena do-

ciencia, por ejemplo, a través de encuestas de evaluación docente que recojan la opinión de los estudiantes. Si bien tiene que haber una escuela de formación docente, no creo que sea necesario pasar por allí para ser un profesor universitario. La universidad tiene que intentar que den clases aquellas personas que escriben los libros, que descubren y producen avances en el conocimiento. No digo que no puedan estar también quienes reproducen conocimiento, pero tiene que haber una política de reclutamiento de las mentes más creativas.

¿Cómo debe ser la relación entre la universidad y la formación para el mundo del trabajo?

Por supuesto que el esfuerzo debe ser continuo para que haya una actualización en el manejo de tecnologías, que cambian cada vez con mayor rapidez en el mercado de trabajo. Pero hay que saber que esa última tecnología va a dejar de ser útil dentro de dos o tres años. Entonces, se necesita gente que tenga capacidad para analizar y entender qué hay detrás de esas tecnologías. Para eso, lo fundamental es una formación básica sólida.

¿La universidad argentina está más enfocada en la formación de profesionales liberales que de científicos?

Efectivamente es así. Las carreras más masivas tienen un perfil profesionalista. En la UBA son clarísimas las estadísticas. Sin embargo, entre 2005 y 2015, aproximadamente, la matrícula de la carrera de Física aumentó un 80%. Lo mismo pasó con Matemática y con las ingenierías. Esto se logró a partir de ciertas políticas: becas, programas de televisión en el Canal Encuentro, Tecnópolis. Uno puede cuestionar muchas cosas del kirchnerismo, pero el hecho de que en el último debate televisivo entre candidatos a presidente se hablara de la ciencia y del Conicet es algo inédito.

¿Qué sucedió con ese proyecto de promoción de la ciencia a partir de 2016?

La universidad no puede construir un país, sino que tiene que ser parte de un proyecto que la incluya. En el marco de una política de destrucción de la industria y del sistema científico, ¿qué puede hacer la universidad? ¿Ya a promover la formación de físicos? La realidad es que los estudiantes de Física están pensando otra vez en irse del país cuando se gradúan. ■

D.H.

AYELÉN ROJAS, ESTUDIANTE

“El que financia decide qué se investiga”

La Universidad del Comahue, una institución pública creada en 1972, cuenta con unidades académicas en las provincias de Río Negro y Neuquén. Desde abril de 2018, Ayelén Rojas, de 25 años, es la presidenta de la Federación Universitaria del Comahue (FUC). “La Universidad debe formar profesionales críticos, comprometidos con nuestra sociedad”, opina Rojas, egresada de la carrera de Abogacía y estudiante de Trabajo Social.

“Hoy no nos estamos formando de acuerdo con las necesidades que tiene la sociedad”, observa la estudiante. Esta carencia, argumenta, quedaría en evidencia por la falta de desarrollo de la investigación. “En algunas universidades –señala– la investigación puede tener más o menos peso, pero en ningún caso se trata de una política estatal. Por ende, quien aporta el financiamiento decide qué es lo que se investiga. La investigación tiene que estar presupuestada por el gobierno para que, como sociedad, podamos decidir cuáles son las prioridades.”

En cuanto a la docencia, la presidenta de la FUC advierte que muchas veces un solo docente está al frente de un aula con centenares de estudiantes. “Para que realmente se produzca conocimiento en nuestras instituciones –dice–, necesitamos plantas docentes acordes a la matrícula que tenemos y que los profesores puedan dedicarse por completo a la investigación y a la docencia. Esto requiere de salarios dignos. Si no, se termina reproduciendo el conocimiento que se produce fuera del país.”

La extensión universitaria, según Rojas, puede concebirse como un aporte concreto a las necesidades sociales: “Mediante los proyectos de extensión podrían realizarse intervenciones en las áreas de Salud, Educación y Justicia”. Y agrega: “Es una manera de formarnos con el horizonte de devolver a la sociedad la posibilidad de estar estudiando. Por ejemplo, que los abogados generen condiciones para que la justicia llegue a los barrios, o que los ingenieros atiendan las necesidades del saneamiento ambiental”.

Rojas considera que la educación superior tampoco garantiza una efectiva inserción laboral: “En muchas carreras no tenemos prácticas profesionales. A veces el salto de la universidad al trabajo es tan abismal como el pasaje del secundario a la universidad”. En el caso de las ingenierías que se cursan en la Patagonia, advierte, no hay un incentivo para que se terminen los estudios: “Luego de cursar dos o tres años, las empresas petroleras contratan a muchos compañeros que nunca terminan sus carreras”. ■

D.H.

Garantizar el derecho

“En el primer año de estudios universitarios se produce un enorme desgranamiento de alumnos; en el segundo, un poco menos y, en el tercero, ya muy poco. En cuarto y quinto años casi no se pierden estudiantes. Necesitamos fortalecer la docencia en los primeros años (con más presupuesto, pero también mejorando la función docente). No existe formación gratuita. En Ford, cuando llega nueva maquinaria, los operarios van a estudiar para usarla y mejorar la producción. En la universidad, los cursos de formación docente hay que pagarlos con los propios salarios que de por sí son muy bajos. El posgrado gratuito para los docentes universitarios y los programas de formación docente en la universidad son fundamentales. Eso hoy no está presente, no hay recursos para hacerlo. Hay algo preocupante: así como cada vez es más alto el porcentaje de egresados de escuelas privadas que van a universidades públicas, muchos pibes de la escuela pública empiezan a elegir universidades privadas de mala calidad, pero más escolarizadas. En la universidad pública, algunas carreras no tienen suficiente oferta horaria y los estudiantes que trabajan no pueden acceder. Son las cosas que tenemos que cambiar. Si la universidad es un derecho, hay que garantizarlo. (Carlos de Feo, secretario general de la Federación Nacional de Docentes Universitarios –CONADU–).

Novedades editoriales

Walsh, 1957.
Acerca de Operación Masacre,
de Vicente Battista



Genealogía de la política.
Carl Schmitt y la crisis del
pensamiento político moderno,
de Carlo Galli



La discriminación
educativa en Argentina.
de Cecilia Braslavsky



45ª Feria Internacional
del Libro
de Buenos Aires

25 de abril al 13 de mayo
Predio Ferial La Rural

Stand 315-414 Pabellón Azul
Librería Universitaria Argentina CIN-REUN

Staff

UNIPE: Universidad
Pedagógica Nacional

Rector
Adrián Cannellotto

Vicerrector
Carlos G.A. Rodríguez

Editorial Universitaria

Directora editorial
María Teresa D'Meza

Editor de *La educación en debate*
Diego Rosemberg

Redactor
Diego Herrera